...SIDAD DE NUEVO LEON
...BLIOTECA U... ...SITARIA
"ALFONSO REYES"
...do. 1625 MONTERREY, MEXICO

IV

INQUIETUD DE INTELIGENCIA Y DE CORAZÓN

El reloj de la venerable iglesia jansenista en la que reposan Patru y Nicole señalaba las dos, cuando Juan Monnerón huyó de aquel modo del pórtico tentador, de Brígida Ferrand y de sí mismo. Hacía mucho tiempo que había caído la tarde y Juan vagaba todavía por las calles de aquel barrio que fué en otro tiempo el *faubourg Saint-Marcel* y que se desborda hoy hasta los fuertes de Ivry y de Bicetre. Aquella marcha interminable por las aceras, delante de las tabernas llenas de alegres consumidores de vuelta de los cementerios, era muy á propósito para aumentar en él aquella sensación de « ¿ para qué ? » la más insoportable acaso para un joven de aquel calor de corazón y de inteligencia. La evidencia que impone en seguida el espectáculo de los barrios populares de París al que los recorre, como Juan, sin preocupación, es, en efecto, más de desanimación que de lástima. Al ver aquellos individuos sentados en las mesas de las tabernas y de las pequeñas fondas, se comprende que el obrero francés no constituye, como

lo pretende el charlatanismo político, una clase aparte. En los días de fiesta como aquel, el obrero está vestido como un burgués. Los cigarrillos que fuma son los mismo que el burgués compra por treinta céntimos en los mismos estancos. Las raciones que come en los fonduchos son iguales á los platos que el burgués manda hacer á su cocinera y están regados con el mismo vino. Después de comer se procura las mismas dispepsias con el mismo café y la misma copa de licor. Los periódicos que lee son los mismos, así como los embriones de ideas que cambia con sus comensales. La única diferencia está en el decorado. La mesa de la taberna no tiene manteles y á veces ni servilletas. Pero no bastan tales defectos para establecer entre la blusa y la levita esa línea de demarcación que los socialistas se atribuyen solemnemente la misión de borrar. Y á esta primera evidencia se añade otra en seguida. El obrero francés no es, como pretenden sus aduladores, el ser intacto y primitivo en el que duermen grandes reservas de fuerza para rejuvenecer nuestra sociedad envejecida y reparar su decadencia. Este obrero no es un salvaje, sino un civilizado de mediana especie, llegado, salvo algunas excepciones, al desarrollo máximo que puede soportar. Ni hay que compadecerle, pues su destino es suave comparado con el de muchos pequeños comerciantes ; ni que despreciarle, pues es inteligente y su nivel moral no está más bajo que el de los demás de su época ; ni que ensalzarle, pues ese nivel no es muy alto y no puede serlo más, dada la edad de la raza. En cambio hay que temerle, pues mucha gente practica con él el abominable programa del agitador alemán que decía : « Conviene enseñar al pueblo que es desgraciado » y al darle el derecho de dirigir él solo los negocios del Estado, puesto que constituye las mayorías,

prodigioso error que hará de la Francia en los siglos futuros la ilota de la historia, se le ha proporcionado el medio de asestar á la civilización golpes irreparables. Entristece sobre todo, cuando se contempla esa enfermiza muestra de la especie humana, el pensar que el esfuerzo secular de nuestra historia ha venido á parar, con la complicidad de todos los charlatanes electorales, á la soberanía de semejantes incompetencias. Esta observación es siempre amarga, pero lo es más aún cuando á la prueba del aborto nacional en las capas profundas de la vida popular, se añade el convencimiento de un aborto igual en las capas más elevadas. Este era el caso del hijo de José Monnerón. Juan andaba, andaba indefinidamente, buscando, entre las infinitas caras que se cruzaban con él por calles y callejuelas, fisonomías verdaderamente felices, sanas y fuertes, sin encontrar más que caras nerviosas y cansadas, vulgares muchas veces y, más aún, degradadas. Juan miraba sobre todo con intensa emoción á los padres y á las madres que pasaban arrastrando un niño de la mano y con otro en los brazos. Las admirables virtudes de buena voluntad que representa la aceptación de las cargas de familia en las clases laboriosas, le enternecían hasta hacerle llorar. « ¿Para qué? » repetía, asimilando á aquella gente con su padre y muy tentado de tratarlos, como á aquel, de engañados por la sociedad, de tal modo su impresión de una radical insuficiencia de la vida francesa contemporánea le hacía sentir la inutilidad de todo esfuerzo hacia la duración para el que nace en esta mediana y senil democracia. Por el contrario, ante las tabernas en que numerosos alcohólicos alternaban en una baja crápula con despreciables mujerzuelas, se sentía tentado, él, que se había asociado con los fundadores de la *Unión*

Tolstoi para fundar una fonda de temperancia, por pensar : « Esos están en la fija » y recordaba las bajas paradojas de su hermano Antonio. Juan se sentía invadido y como anonadado por una percepción casi física del desarreglo universal. Hasta en esta edad de fuerzas desperdiciadas y de tentativas inciertas había, sin embargo, existencias llenas y completas, nobles y equilibradas, ricas al mismo tiempo de pasado y de porvenir. Una de ellas era la de Ferrand. ¿Para qué, también, puesto que no podía asociarse á ellas? Y el enamorado evocaba el delicioso fantasma de Brígida en un espejismo de dulzura inaccesible y desesperante. ¿Por qué no había sido educado como ella, en las mismas ideas y en el mismo medio de costumbres y de creencias? Entonces no hubiera sido una quimera el proyecto de fundar un hogar con aquella niña pura, ensueño ideal que había dado calor á su corazón, y no hubiera tenido que romper con toda la educación de su juventud para asentar la dicha de su edad madura, ni que renegar de su padre y de sus amigos al crearse una nueva familia... Mientras tanto una niebla acre se cernía sobre la ciudad con el crepúsculo de aquel triste día. Los faroles de gas, no bien encendidos, repartían por la atmósfera brutales manchas de luz é iluminaban por trozos desiguales las fachadas de las casas. La vitalidad de la calle se hacía más grosera y, por contraste, más dolorosa todavía la angustia del joven ; tan dolorosa, que llegó un momento en que no pudo soportar aquel coloquio con su melancolía y, no queriendo volver á su casa, recordó de repente la cita de aquella noche en la *Unión Tolstoi*.

— Es á las ocho y media, pensó consultando el reloj, y son las siete. Si Cremieu-Dax estuviese comiendo en su *restaurant*... Me haría bien hablar con él...

No bien había acudido á su mente el recuerdo de aquel amigo, con el cual tenía, sin embargo, relaciones bastante difíciles, cuando cesó de vagar con aquel paso incierto é indeciso que había empleado toda la tarde, y se dirigió resueltamente y á buen paso por la avenida de *Choisy* y por la de Italia hacia el trozo del *faubourg Saint-Jacques* comprendido entre la calle de la *Tombe-Issoire* y la de Humboldt, pues allí era donde tenía alguna probabilidad de encontrar á su amigo. El futuro heredero de los millones ganados en las minas del África del Sur por el viejo Cremieu-Dax, abandonaba con frecuencia el hotel suntuoso y la mesa de príncipes de la avenida Hoche, para ir á comer por un franco en el local que Juan llamaba muy exactamente « su *restaurant* », que era el de la fundación de temperancia de que ya hemos hablado. Cremieu-Dax, en efecto, había instalado aquella casa de comidas popular y constituído para fundarla una sociedad de mil acciones á veinticinco francos, de las que él solo había suscrito ochocientas, Rumesnil ciento, y los miembros más acomodados de la *Unión Tolstoi*, el resto. Juan había distraído cien francos de su escaso presupuesto para tomar cuatro. Cremieu-Dax era también, por otra parte, el que había fundado la tal *Unión* con el mismo profundo sentído de las condiciones positivas. El *restaurant*, gracias á aquel pequeño capital, cuyo interés, según los estatutos, no debía exceder del 2 por 100, podía dar á los obreros comidas á 80 céntimos y á 1 franco cuyas materias eran sanas y preparadas higiénicamente. El consumo de las bebidas alcohólicas estaba en él prohibido. « *En nombre de la humanidad futura y consciente, no beberás.* » — Esta divisa, pintada en enormes caracteres en todas las paredes del establecimiento, formulaba su verdadero espíritu, así como las cuatro palabras que encabezaban los prospectos de la *Unión Tolstoi* : « Naturaleza, Ciencia, Progreso, Justicia » condensaban su pensamiento inspirador. Cremieu Dax, que había presidido á la elaboración de los estatutos, había hecho aceptar como primer artículo, y esto sólo prueba la lucidez práctica de su talento, que el número de socios de la *Unión* fuese limitado. Había querido la asociación pequeña para que fuese viable. La *Unión* comprendía una junta directiva de siete fundadores, cada uno de los cuales debía llevar veinticuatro socios, por mitad trabajadores intelectuales y manuales, de los que debía responder. De las 175 personas así reclutadas no había una con la que él no sostuviera un contacto personal, y con ese objeto comía casi siempre en el *Restaurant de Temperancia*. La muestra contenía sencillamente ese rótulo, y, debajo, el precio de las raciones, la más cara de las cuales costaba 35 céntimos.

La imagen de aquel joven tan rico, tomando, por devoción á sus ideas, una comida de asceta, se había fijado de pronto en la imaginación de Juan. Apresurarse hacia aquel rincón en que el fundador de la *Unión Tolstoi* estaba dando, sólo con su presencia, aquella humilde pero fuerte lección de sinceridad socialista, era para el enamorado de la piadosa Brígida Ferrand alejarse de todo lo que había huido durante aquel penoso día y marcharse lejos, muy lejos, de aquella con la que se había prohibido á sí mismo casarse. Era escapar al prestigio del maestro de la calle de Tournón y correr hacia otra influencia, que hacía seis meses tenía casi olvidada, después de haberla aceptado al principio con entusiasmo. Ya en el colegio, Cremieu-Dax había empezado á ejercer sobre Juan Monnerón el hipnotismo de un carácter firme y lógico sobre una

voluntad movible y muerta. Aquel ascendiente había sido completo hasta que entraron en la clase de filosofía, en la que la enseñanza de Ferrand reveló á Juan necesidades de su alma que él no conocía. De este modo, las dos tendencias contradictorias que hacían tan incoherente su naturaleza : el sentimiento tradicional heredado de sus abuelos labradores y la pasión revolucionaria inspirada por su padre, se habian encontrado encarnadas en aquellas dos personalidades que alternativamente le atraían, sin que pudiera identificarse ni con la una ni con la otra. Así se lo había dicho á Ferrand con esa lucidez ineficaz que, con sus vacilaciones interiores, hacía de él un ejemplar acabado del joven de nuestra época. Por mucho que el instinto se uniera en él al razonamiento, y la experiencia pública á la privada, para demostrarle que desde 1789 la Francia se parece á un hombre que empezase indefinidamente una suma por dos y dos son cinco para encontrar siempre el mismo resultado falso, Juan seguia sufriendo el invencible atractivo de lo que podemos llamar la poesía de la Revolución, por muy contradictorios que parezcan esos términos cuando se ha visto la pobreza de las teorías políticas propagadas bajo esa mágica etiqueta. Esa poesía existe, sin embargo, y basta para explicar que tantas generosas sensibilidades se hayan dejado y se dejen aún seducir. La poesía de la Revolución existe en un estado lírico del pensamiento, que no admite que las ideas puedan equivocarse ante los hechos, y en un estado heroico de la voluntad, que se lanza fuera del pacto social para tratar á toda costa de realizar ese acuerdo de la idea y del hecho. Juan sabía hacía mucho tiempo, por haberlo experimentado á su alrededor, qué mortífero es para cada uno de los grupos que lo componen, ese lirismo

no comprobado de la inteligencia y ese heroísmo desordenado de la voluntad, pero, aun sabiéndolo, no podía desprenderse de ese espejismo y experimentaba á pesar suyo la necesidad de exaltación respecto de los problemas sociales de la que Cremieu-Dax era un notable representante. El iniciador de la *Unión Tolstoi* pertenecía á la raza de los judíos apasionadamente idealistas como José Salvador y James Darmesteter, por no citar más que dos de los más característicos, en los que revive el ardor de los profetas que fueron el orgullo de Israel. Salomón Cremieu-Dax procedía de una familia del Mediodía de Francia que remontaba á los judíos expulsados de España por Fernando el Católico á fines del siglo quince. Como todos los judíos de la península Ibérica, tenía la cara afilada, los miembros ágiles, los huesos delgados y esos profundos ojos negros en los que arde todavía la llama del sol oriental. Tenía también en alto grado sus cualidades fundamentales, las que han proporcionado á esa raza de excepción una invencible persistencia en medio de tantos desastres : una inteligencia flexible y ágil, una rara facilidad de asimilación, una increíble potencia de trabajo y esa singular combinación de entusiasmo y de paciencia, de frenesí y de cálculo, que se reconoce ya en ciertas figuras típicas de la Biblia. Después de haber sido en el colegio uno de los más brillantes alumnos de su generación, Salomón había entrado en la Escula Normal y héchose primer agregado de filosofía. Actualmente estaba preparando una tesis cuyo título sonaba á paradoja unido al nombre de un famoso especulador : *Del fundamento psicológico de la idea de propiedad*, libro que debía tender á una justificación científica de la hipótesis colectivista, enteramente en armonía con las convicciones que Juan le conocía desde la infancia. Cre-

mieu-Dax había hecho suya, siendo muy joven, la tesis que Salvador y Darmesteter desarrollaron con tal acento de entusiasmo, ó sea la identidad de los dos conceptos en que se inspira la historia de Israel y los dos en que se resume la sociedad nacida de la Revolución : « Dos grandes dogmas, ha escrito el autor de los *Profetas de Israel*, forman el judaísmo entero : la unidad divina y el mesianismo, es decir, la unidad de la ley en el mundo y el triunfo terrestre de la justicia en la humanidad. *Estos son los dos dogmas que á la hora presente iluminan á la humanidad en marcha en el orden de la ciencia y en el orden social, y que se llaman en lenguaje moderno, el uno unidad de fuerzas y el otro creencia en el progreso.* » Juan había oído con frecuencia á su amigo citarle esa frase y añadir á tal « credo » comentarios en los que reconocía las ideas de su padre, pero amplificadas y sublimadas en una síntesis que no vacilaba en unir á Moisés con Dantón y el *Deuteronomio* con la *Declaración de los Derechos*. ¿No ha escrito Darmesteter, á propósito de una pastoral del obispo de Chartres sobre el primer libro de Salvador : « La revelación ha tenido el mismo lenguaje en la cima del Sinaí que en los salones del siglo diez y ocho y *Moisés es un convencional hablando en lo alto de la montaña?* » Por muy profunda que fuese, sin embargo, la fe revolucionaria de Cremieu-Dax, había permanecido en el dominio de la teoría hasta la crisis nacional de 1898, que marca una fecha en la historia secular de nuestras discordias civiles. Entonces fué cuando el joven filósofo millonario se arrojó á la lucha con un frenesí frío, muy diferente del vago humanitarismo que en la misma época reinaba en los medios universitarios. Juan Monnerón había cedido á aquella moda de enternecimiento por los motivos que dijo á Ferrand, y Ademar de

Rumesnil por *snobismo* intelectual. El socialismo de Cremieu-Dax se fundaba en razones más fuertes. Su perspicaz golpe de vista había descubierto en los últimos sucesos un indicio del trabajo de desilusión que lleva á las clases medias francesas del lado de sus tradiciones originales y las separa, lenta y seguramente, de los principios del 89. Y en su culto fanático por esos principios, Salomón había adoptado valerosamente la táctica común á todos los que, como él, practican por instinto la formula : « *Pereat mundus, fiat Justitia...* » Se había hecho socialista colectivista, para poner, según él decía abiertamente, « la fuerza del pueblo al servicio de las ideas que la burguesía defiende hace cien años y que ahora abandona. » Cuando se le recordaba qué cerca están el salvaje y el civilizado en las épocas de insurrección, las matanzas de septiembre, las jornadas de junio y, muy próxima á nosotros, la *Commune*, respondía con una cita virgiliana que dejada traslucir el alumno de la Escuela Normal en el discípulo de Karl Marx : « ¡ *O passi graviora !...* » Y en sus labios flotaba nerviosamente una sonrisa de singular ironía, en la que se leía el recuerdo de las persecuciones y la audacia intelectual de una raza que, habiendo sufrido mucho y conocido los peores extremos de la suerte, no tiembla ante la perspectiva de ciertos trastornos, menos temibles que sus antiguas miserias.

Tal era el personaje superior y desconcertante, tan próximo á él por ciertos lados y tan lejano por otros, cuya presencia deseaba Juan Monnerón al final de aquella tarde de agonía, tan apasionadamente como la había evitado durante varias semanas. Cuando llegó al « *Restaurant de Temperancia* » experimentó por su amigo uno de esos accesos de cariño admirador que hacía mucho tiempo no sentía, y en su angustia, hu-

biera sufrido una verdadera pena si al empujar la puerta no le hubiera visto sentado á su mesa habitual, cerca de la entrada, para ver á todos los que iban. Aunque el *restaurant* era público, el rigor de su reglamento sobre el alcohol alejaba á los transeuntes y sólo concurrían á él los miembros de la *Unión*. Cremieu Dax los conocía á todos y cambiaba con todos frases que se referían solamente á sus lecturas, pues, por principio, se abstenía en su apostolado de toda caridad que no fuera intelectual. « En le U. T., decía con frenuencia, no hay ricos ni pobres; no hay más que conciencias. » Cuandó entró Juan le vió desgarrando una hoja de su cuaderno y dándosela á un hombre de cabello gris, vestido con decencia, pero pobremente.

— ¡Ah! Eres tú? preguntó á Juan con visible frialdad.

Y añadió mientras el obrero se alejaba :

— Es un plomero que me ha pedido una lista de los libros que debe leer. He querido indicarle novelas, para empezar : los *Miserables*, *Resurreción;* pero él me ha dicho : « No, deme usted libros de ciencia. Demasiado me han mentido. Quiero la verdad... » Cuando todo el pueblo piense como este hombre, habremos dado un gran paso; y cuenta que no es un joven, sino un hombre de cincuenta años...

Aquella energía de una personalidad resuelta y sistemáticamente lógica consigo misma era lo que Juan había ido á buscar. Su corazon, sin embargo, se cerró en seguida y á su impulso de hacía un momento sucedió un molesto malestar, con esa prontitud que llevan consigo las acciones reflejas en la sensibilidad de los jóvenes. Le había bastado para ese cambio la primera mirada y el primer apretón de manos de su amigo y oir el sonido de su voz. Aquella reserva de Cremieu-Dax para con él contrastaba demasiado con su propio

entusiasmo y, aunque estaba muy justificada, Juan no podía comprender su causa. El hijo del profesar tenía en su carácter un rasgo que denuncia el origen plebeyo en muchos advenedizos : la falta de igualdad en su modo de tratar á los amigos. Sin darse cuenta de ello obedecía en su trato á las impresiones del momento, y de todas las faltas contra el saber vivir ésta es la más inofensiva para los demás, pero la más peligrosa para el que la comete. « Hay uno que no olvida, y este es el olvidado » ha dicho el agudo moralista Luis Depret. Hacía meses que Juan no había ido á comer ni una sola vez al *faubourg Saint-Jacques*, despues de haber hecho allí casi todas sus comidas durante mucho tiempo, cambio que había ofendido á su camarada. En circunstancías ordinarias era susceptibilidad hubiera conmovido á Monnerón, que hubiera visto en ella, además de una profunda amistad, la instintiva y justificada desconfianza de una raza objeto de tantos odios. Pero entonces tenía los nervios demasiado excitados para que no se los crispase la menor contrariedad, y respondió, con gran asombro suyo, pues eran otras sus intenciones al ir al *restaurant :*

— ¿A eso llamas un gran paso? Nos quejábamos ya de la semiciencia de los bachilleres, que no hace más que volverlos mas tontos y más desgraciados. ¿Qué serán los proletarios instruídos? Ni siquiera cuartas partes de bachiller... La cosa promete...

Después de haber lanzado aquelle sequedad, extraordinaria en tal sitio y en la boca de una de los fundadores de la U. T., Juan se dirigió al ventanillo en que vendían los bonos de raciones. Cremieu-Dax había imaginado aquella pequeña oficina central para evitar las molestias y los gastos del servicio. El consumidor pagaba allí previamente los platos que había escogido en

la lista, y recibía bonos que él mismo iba á cambiar en otro ventanillo de la cocina por las raciones ya preparadas en los platos. Despues de haberse así servido solo, llevaba á un mostrador la vajilla vacía. Mientras estas operaciones había cesado el acceso de impaciencia de Juan, el cual llegó hasta sentir un pequeño remordimiento al ver que la fisionomía de su amigo, de fría que estaba, se había puesto contraída. Una arruga de descontento se había formado entre sus negras cejas, que se juntaban sobre su nariz aguileña, y el modo con que amasaba entre los dedos, un tanto nudosos, una miga de pan, demostraba que su mal humor era, al menos, igual al de Juan. Reinó entre ellos un momento de silencio hasta que Cremieu-Dax miró á Juan bien de frente, con la imperativa fijeza del que quiere terminar una situación équivoca, y le dijo á media voz, para que no lo oyeran los veinte clientes que estaban comiendo:

— Ya sé por qué has venido esta tarde, Monnerón... Hace tiempo que lo preveía...

— ¿Que preveías qué? respondió Juan. Y una oleada de sangre empurpuró su cara. Hubiera sido insoportable para él que su amigo hubiera adivinado su amor á Brígida Ferrand, y esa sola impresión le probaba hasta qué punto estaban separados Salomón y él. En otros tiempos no tenía otro confidente para los más ligeros conatos de sentimentos novelescos que atravesaban su imaginación de joven.

Juan recobró la calma al oirle continuar:

— Me traes tu dimisión de la *Tolstoi*...

— ¿Yo? exclamó Juan ¿Cómo puedes creer?...

— Por muchos síntomas, aunque no fuera más que ciertas frases como la que acabas de pronunciar. Si las piensas realmente, no estás ya con nosotros. Desde el 6 de agosto no has venido por aquí. No te acuso por ello, pues lo encuentro natural, pero deduzco que si hoy vienes es porque tienes un motivo. Además, sé que tus preocupaciones están en otra parte. Me han dicho en la biblioteca de la Sorbona que no pides más que libros de apologética católica. El martes último leíste las *Herejías* de san Irineo ¿Eh? ¿Estoy bien enterado? Has vuelto á casa de Ferrand, donde ninguno de nosotros ha puesto los pies desde el 98. No digas que no; os he visto juntos en el Luxemburgo la semana pasada... Confiésalo; quieres dejarnos.

— Si así fuera, respondió Juan con una vivacidad que revelaba su protesta contra la inquisición de que era objeto, no tendrías que interrogarme sobre eso, sino que sería yo quien hablaría el primero. Leo lo que me place. Veo á quien me conviene. Y si estoy aquí esta noche es porque Rumesnil fué esta mañana á mi casa para recordarme la discusión sobre la conferencia Chanut y advertirme que sería borrascosa. Sabiendo el interés que tienes en este asunto he querido ponerme de acuerdo contigo... Y me pagas bien...

Se produjo otro silencio que Cremieu-Dax rompió otra vez el primero al decir, envolviendo á su amigo en una mirada de cariño:

— Perdóname, Monnerón, si te he ofendido. He hecho mal y lo reconozco. Eres tan leal, que estoy seguro de que si cambiaras de campo sería yo el primero que lo sabría. Lo he creído así y ya sabes que no puedo ser indiferente cuando se trata de nuestra Causa. El momento es solemne. Si hoy se realiza la alianza entre los trabajadores manuales y los trabajadores espirituales, estará fundado el porvenir y habremos ganado siglos en pocos años. Nuestra pobre U. T. no es más que un pequeño grupo de los que se están formando á estas horas. Pero del éxito de esos treinta ó cuarenta grupos

depende el triunfo en la batalla. Que se desbande uno de esos grupos, otro después y otro luego, y es como un regimiento que huye. Eso basta para provocar el pánico. Por eso me desesperaba la idea de perderte. Pero te quedas. No hablemos más de eso y perdóname .. Vamos á preparar la discusión de esta noche... Vuelvo en seguida...

Al acabar su discurso, se levantó con el pretexto de ir á dejar sus platos en el mostrador, pero en realidad para cortar la conversación. Por mil pequeños indicios había adivinado que su amigo no estaba á gusto en la sociedad que él había fundado y que era toda su vida. Despues de haber temido su dimisión le había obligado á una declaración terminante y Juan seguía siendo socio de la *Unión Tolstoi* y socio activo, puesto que se tomaba interés por la conferencia Chanut. Cremieu-Dax se atenía á ese dato positivo con ese agudo sentido del hecho, heredado del hombre de negocios que era su padre y puesto al servicio, por un raro contraste, del más exagerado colectivismo. Juan conocía esa tendencia particular de aquel espíritu y estaba seguro de que fiel al adagio latino : *quieta non movere*, su camarada no hablaría ya de los puntos que era inútil tratar inmediatamente. Pero había adquirido la prueba de que su pensamiento no escapaba á la vigilancia que su amigo ejercía sobre sus colaboradores y especialmente sobre aquel á quien más quería. Después de todo, Juan le había dado ese derecho asociándose á una obra de la que el iniciador hablaba con tan absoluta fe, mientras que él se había prestado á ella sin interesar el fondo de su corazón y como un experimento de filantropía que debía prolongar su acuerdo con su padre. Una vez más se sentía víctima de su incapacidad para afirmarse clara y virilmente en una personalidad simple y concreta. Era como un árbol que se inclina á impulso de los vientos porque no tiene bastante tierra al rededor de sus raíces, mientras miraba á Cremieu-Dax darle el espectaculo de un hombre consecuente con sus idéas, porque está de acuerdo con su origen y sabe verdaderamente lo que quiere. Sus brillantes ojos de árabe estaban risueños por un motivo muy humilde, pero nada lo es para un sectario si sirve á su partido.

— He pedido coliflor en ensalada y ya no hay. Se hacen siempre cuarenta raciones de cada plato, y esto prueba que á las seis de la tarde se han servido cuarenta comidas. Ya recuerdas que en agosto no teníamos más que quince. Hemos, pues, ganado, veinticinco en tres meses. La cosa sube. Y después, me gusta que un plato tenga aceptación, pues el cocinero los elige para que, en lo posible, los camaradas encuentren aquí lo que no pueden hallar en otra parte. ¡ Y pensar que con un *restaurant* como el nuestro en cada calle habríamos curado la plaga del alcoholismo ! Supongo que no negarás que esto es un progreso...

Aquella fué su última alusión á la frase de escepticismo que tan vivamente había afeado á Juan, el cual no pudo menos de comparar aquel gozo optimista con el acceso de misantropía que él había experimentado aquella tarde ante las tabernas del *faubourg Saint-Marcel*. Monnerón miró á su alrededor como para buscar motivos para asociarse á las impresiones de su amigo. ¡ Ay ! Las fisonomías de los obreros que estaban comiendo y bebiendo líquidos higiénicos hacían revivir en él aquel sentimiento desesperado que se traducía en la formula : « ¿ Para qué ? ». ¿Cómo participar de la alegría del utopista, cuando estaba viendo que todos aquellos obreros, evidentemente honrados, como lo probaba su esfuerzo de sobriedad, y deseosos de per-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
MONTERREY, MEXICO

feccionarse, como lo probaba su esfuerzo de cultura, tenían los ojos más inquietos aún y más sombríos que los otros, las facciones más contraídas y más duras, y un descontento más áspero y más amargo en sus frentes y en torno de sus bocas? Ni una sola de aquellas caras era pacífica y dichosa. Juan Monnerón conocía la causa, pues sus largas conversaciones con Ferrand se la habían enseñado. Sabía que aquellos cerebros de cuartas partes de bachiller, como él había dicho, padecían una intoxicación mental, mas temible que la otra, producida por las mismas manos que se esforzaban por curarles la del alcohol. Sabía que todos aquellos obscuros pensamientos estaban envenenados por las dos ideas más falsas cuando se pretende encontrar en ellas la regla de la vida: la Justicia absoluta y la Felicidad universal. Todo el bien que un Cremieu-Dax y sus semejantes pretendían hacer á aquellos hombres, era nada al lado del mal que les producía una doctrina establecida al revés de las leyes verdaderas del orden social... Y, de repente, una alucinación de la memoria llevó á Juan muy lejos de aquella sala poblada de caras atormentadas y llenas de odio. El joven se vió en el despacho de la calle de Tournón y oyó que el tradicionalista, con su noble fisonomía llena de serenidad, le decía: « En moral, toda doctrina que no es tan antigua como la sociedad es un error. Porque la sociedad no es una creación convencional del hombre, sino un fenómeno de la naturaleza que existe según unas leyes interiores que debemos reconocer para someternos á ellas. Dos de esas leyes, comprobadas desde el origen de las edades, son la desigualdad y el dolor. El hombre tiene al mismo tiempo dos aspiraciones, comprobadas también á través de los siglos: la justicia y la dicha. La Revolución ha desconocido esas dos leyes y por eso ha abortado

lastimosamente. El paganismo desconoció esas dos aspiraciones y por eso no pudo durar. Sólo el cristianismo interpreta la desigualdad y el dolor y les da un sentido de justicia y esperanza. Establece jerarquías y consuela. Toda obra social realizada fuera de él, cree sembrar el amor y la paz y recoge la sublevación y el odio... Solamente un cristiano puede ayudar al pobre sin humillarle y animarle sin mentirle, pues no le dice: Eres ó serás un *igual*, sino yo soy tu *semejante*... » Prudentes palabras que habían perseguido con frecuencia á Juan cuando sus visitas al *faubourg Saint-Jacques* y que seguían persiguiéndole en este momento. El joven deletreaba en la pared la inscripción: *En nombre de la humanidad futura y consciente*... y sentía la absurda grandilocuencia de esa fórmula declamatoria. ¿La humanidad? ¡Qué vana abstracción!... ¿Futura? ¡Otra abstracción!... ¿Consciente?... ¿De qué, cuando la mejor parte de nuestro ser, la más rica, la más fecunda, es precisamente ese genio obscuro, heredado de nuestra raza y que nunca se conoce por completo? Y el joven recordaba el crucifijo que se encontraba en el despacho de Ferrand en vez de aquellas palabras vacías de sentido. ¡Qué claridad hubiera llenado todas aquellas almas! ¡Qué pacificación hubiera descendido á todas aquellas frentes! Entonces no hubiera podido aplicar su « ¿para qué? » al generoso esfuerzo de su amigo. Pero el crucifijo no estaba en la pared, las almas que Juan podía descifrar en aquellas caras estaban llenas de sombra y aquellas frentes cargadas de rencor por una suerte mal aceptada. Él mismo no estaba al lado de Ferrand para dejarse invadir por los efluvios de aquel fuerte pensamiento ni para oir hablar á sus muertos, que todos habían creído, por la boca de aquel creyente. Estaba sentado á la misma mesa que

un irreconciliable enemigo del pensamiento de Ferrand y de la fe de sus antepasados, y participando por su sola presencia á una tentativa hecha por un extranjero contra el genio de su patria. Cremieu-Dax resumía por anticipado la sesión de la junta directiva de la *Unión Tolstoi* á que iban á asistir.

— Tiene para mí la mayor importancia, decía, que el padre Chanut hable en la *Unión*. Nada más que viniendo á discutir con nosotros, hace acto de adhesión al criticismo y en esto somos sus maestros. Además quiero que nos conozca. Cuando me occurrió la idea de la U. T., recordarás que te dije que pensaba en nuestra educación tanto como en la de nuestros camaradas obreros. En esto está mi principio : una cooperativa de mentalidades. Ir al pueblo para darle y para recibir de él lecciones. Tengo la idea de que á nuestro contacto ese sacerdote se quedará asombrado, y esos asombros son el comienzo de la duda y de la libertad. Chanut sueña con convertir á la U. T. ¿Si fuéramos nosotros los que le convirtiéramos?... Porque, en fin, si algo se parece á lo que eran en Roma los primeros cristianos, somos nosotros... ¿De dónde salió su religión? De pobres y pequeñas sociedades de libertos y de esclavos, como estos, y de filósofos, como nosotros...

— Olvidas la persona de Cristo, interrumpió Juan.

Cremieu-Dax miró á su compañero casi con la misma mirada que le había dirigido cuando le preguntó si le llevaba su dimisión y otra pregunta le vino á los labios, pero no la formuló. Decididamente no quería hablar con Monnerón de cierto asunto, pues en lugarde recoger esas palabras que pedían una controversia, se puso á explicarle con su lucidez ordinaria los motivos que tenían los otros cinco miembros de la junta directiva para votar en pro ó en contra de la conferencia del padre Chanut.

— Somos tres contra tres, dijo para concluir. Rumesnil es, pues, el que debe decidir. ¿Qué te ha dicho?

— No le he visto, respondió Juan. Fué á casa cuando yo no estaba.

— ¡Ah!... dijo sencillamente Cremieu-Dax. Y con voz más rápida, como para corregir aquella involuntaria expresión de asombro, añadió : Yo he tenido más suerte que tú pues hablé con él largamente, anteayer, de la cuestión. Es muy opuesto á la conferencia, pero con él no se sabe nunca á qué atenerse. Rumesnil no piensa por sí mismo, sino contra su clase. Que haya encontrado en casa de uno de sus parientes del *faubourg Saint-Germain* un duque anticlerical ó un marqués volteriano, si todavía queda alguno, y le verás votar en pro del padre Chanut... Me río de esto, pero, en el fondo, es triste...

— Eres muy severo con él...

— ¿Qué quieres? dijo Cremieu-Dax encogiéndose de hombros, no estimo á las personas que no ponen sus acciones de acuerdo con sus actitudes morales.

— ¿Á propósito de qué dices eso?

— Á propósito de nada y de todo. En relación con las mujeres, por ejemplo, Rumesnil continúa la abominable moral de su casta, que consiste en considerar la galantería como un *sport* agradable y en permitírselo en todas las ocasiones. Yo me atengo al viejo Kant : *Obra de modo que trates á la humanidad en tu propia persona tan bien como en la persona del prójimo, siempre como fin, jamás como medio.* Por otra parte, en esto se resume mi juicio : si yo fuera casado, no le recibiría en mi casa. ¿Has visto cómo me contrariaba la idea de que querías salirte de la *Unión Tolstoi*? Pues si él se marchara me daría un placer... Pero vámonos ; son las ocho y media.

Al pronunciar estas palabras, que denotaban tan poca estima hacia su compañero común, Cremieu-Dax consultó el reloj. ¿Se levantó para que Juan no leyese en sus ojos un secreto que había sorprendido y que quería ocultar?... Aquel equívoco discurso era una campanada de atención á la desconfianza de su amigo? ¿Ó no hacía más que expresar la natural repulsión de un joven enteramente casto, como él, hacia el libertinaje de otro? Rumesnil, en los intermedios de sus fervores socialistas, se jactaba de tener por todas partes fáciles aventuras. Esas preguntas surgieron á la vez en el pensamiento del hermano de Julia Monnerón, que estuvo á punto de exclamar : Tus palabras tienen otro sentido. Explícalas. ¿Qué sabes? ¿Se trata de mi hermana, verdad?... Pero se dijo á sí mismo : Si sabe algo me ha dicho cuanto podía decirme. Si no sabe nada, voy á darle noticias indiscretas. ¿Pero qué hay aquí? ¿Qué hay aquí?... Á todo esto, los dos habían dejado el *restaurant* y recorrían los cien pasos que le separaban de la U. T. Sí, ¿qué sabía aquel amigo perspicaz cuya fuerza de observación había notado Juan siempre que no se trataba de sus quimeras socialistas? ¿Qué sabía? Monneron le miraba á su lado, delgado y enfermizo. La fiebre del pensamiento era demasiado fuerte en aquel organismo ya cansado por el abuso del trabajo y que no vivía más que una vida nerviosa. Pero precisamente aquel exceso de vida interior había ocasionado en él intransigencias de conciencia que daban á sus juicios cierta autoridad entre sus amigos. Los tales juicios podían ser atrozmente parciales, como siendo de un estrecho sectario, pero estaban siempre fundados en una convicción. ¿De dónde venía aquel evidente desprecio por el carácter de Rumesnil? Sin duda la manía de estar al corriente, de no

encontrarse atrasado, de no profesar la opinión del día, daban al aristócrata un tinte algo ridículo de vanidoso y de *snob*, que se manifestaba ya en los tiempos en que Ademar asombraba á sus condiscípulos de Luis el Grande con sus trozos de prosa decadente y sus versos sin rima y sin medida, á fuer de perfecto y refinado imbécil de 1894. Cremieu-Dax se reía entonces de él, pero ya no era la ironía la que le había dictado la frase : Si yo fuera casado, no le recibiría en mi casa; juicio terrible entre amigos de la infancia. El haber pensado en voz alta delante de Monnerón sobre ese punto particular le había conmovido á él mismo. ¿Por qué? ¿Por qué al llegar á la casa en que estaba instalada la *Unión* se volvió de pronto hacia su compañero con una mirada que era menos de cariño que de lástima? Cremieu-Dax le cogió la mano y le dijo :

No puedes figurarte lo contento que estoy por tenerte á mi lado esta noche... Te quiero mucho, Juan, mucho, mucho... Y añadió para poner la fuerte emoción de que estaba poseído al servicio de su obra : te conservaremos con nosotros, ya verás...

— Yo también te quiero mucho, respondió Juan con voz ahogada. Aquel apretón de manos tan ferviente y tan cordial le resultaba á la vez muy dulce y muy amargo. Muy dulce porque le probaba que á pesar del inevitable divorcio intelectual que se preparaba entre ellos y que Cremieu-Dax presentía, habría algo que no moriría de su común juventud, aquel núcleo viviente de su primera amistad. Muy amargo, porque aquel vivo movimiento de su amigo implicaba una causa que no podía ser su visita al *restaurant*. Para que aquel fanático de las ideas abstractas hubiese tenido semejante efusión con Juan, era preciso que le compadeciese profundamente. ¿Por qué? No era por su amor á